

cen las almas y degeneran las razas; querer el matrimonio fundado sobre la espontánea elección por afecto, y sobre una libertad limitada por el deber moral, respecto al cónyuge, y por el deber positivo, respecto á los hijos; querer que la mujer tenga en el seno de la familia una más equitativa consideración legal; querer una más eficaz intervención social en la familia misma, para asegurar el desarrollo integral y la educación de los niños; esperar, en fin, que llegue un tiempo en el que el sentimiento de la propia dignidad y el respeto de la dignidad ajena, y una alta conciencia del deber, puedan constituir en el matrimonio y en la familia, vínculos y garantías más fuertes que aquellos que exige y asegura la sociedad presente.

¿Cómo serían enemigos de la familia los que más fuertemente combaten la explotación industrial de la mujer, precisamente porque es funesta para la familia; aquellos que más ardientemente piden la redención de los niños, arrancándoles del trabajo precoz, precisamente porque á la familia no se les arrebató y no se corrompan en la promiscuidad con los adultos; aquellos que proponen medios y remedios para la gran

plaga de la miseria, precisamente porque la miseria corroe los afectos domésticos, envenena la infancia y disuelve la familia?

Preguntad si quieren abolir la familia, á aquellos buenos trabajadores que para socorrer la mujer y los hijos del compañero encarcelado por delito de pensamiento, estrujan sin amargura su pobre bolsa; preguntad si quieren abolir la familia los honrados obreros que afrontan tranquilamente el peligro y los sacrificios por nuestra Idea, no con la esperanza de mejorar la propia suerte, sino con la sola vaga fe de preparar á los herederos de su sangre un porvenir mejor. Id á preguntar á aquella pobre madre resucitada que sofocó contra su seno aquel grito de alegría de Garibaldi Bosco libertado, é id á preguntarle si su hijo adorado quiere abolir la familia!...

*
*
*

¡Que queremos destruir la Religión! dicen también. ¿En qué programa del partido socialista, cualquiera que sea el país, se ha encontrado jamás inserto semejante precepto? Ó mejor dicho: ¿en qué programa socialista no se ha dicho esplicita y termi-

nantemente que para el Socialismo la Religión es un asunto privado; que es un asunto de conciencia en el cual la comunidad no tiene derecho á intervenir? ¿Querer el partido socialista, que aspira á una libertad absoluta de pensamiento, suprimir la libertad de la fe!... ¡Lo mismo que querer el partido socialista, que dice á todos los infelices «esperad», señalar un límite á la esperanza humana! No; en este, como en otros asuntos, se confunden las opiniones individuales, tomándolas como artículos de fe, en la doctrina general. A mi, como á todos los otros socialistas firmemente creyentes en la doctrina económica y política del Socialismo, todos los socialistas de la tierra, recogidos juntos, no podrían jamás hacerme decir que no creo en Dios, si lo creo, ni impedirme hacer propaganda en medio de ellos, de mi misma fe. No; las razones de la duda y las inspiraciones de la fe, están fuera de todo sistema de idea política ó social: la esperanza en una vida eterna está por cima y por fuera de todo concepto que se pueda tener de los destinos terrenos de la humanidad, como el misterio de la creación se halla por encima de la ciencia; y es una prueba, que en todos los

partidos políticos, en todos los órdenes científicos, en todos los círculos de la sociedad, se encuentran creyentes é incrédulos.

No, buenas madres; no somos nosotros los que queremos sofocar en vuestros corazones aquella fe en que nosotros mismos hemos nacido y crecido. Nosotros decimos, por el contrario, á cada una de vosotras: «Educa en tu fe á tu hijo, infúndele en el corazón tu santa esperanza, hazle juntar las manos ante la imagen de Aquel que murió por la idea de la justicia, de la paz y de la igualdad entre los hombres; pero enséñale también, añadimos, inmediatamente, que es falsa Religión aquella que no va acompañada de una activa piedad hacia la miseria, y de un amor intrépido hacia la justicia, y que si en el espíritu del creyente entra la persuasión de que una nueva organización social puede prevenir la pobreza, atenuar los odios y disminuir las violencias y los delitos que hacen funesta la vida y deshonan la existencia actual, es necio y es absurdo creer que Dios les prohíbe preparar y precipitar con palabras y con acciones este nuevo orden de cosas. Dios, es absurdo pensar que pueda decir un día:—«Fuiste bueno, piadoso, ge-

neroso, pero como fuiste socialista, yo te condeno.»

Decidle también que Dios no puede amar al creyente que en medio de todas las necesidades y conflictos humanos se cruza de brazos, fijando la vista ociosa en el cielo, para no ver la tierra. Decidle también que Él dice á éstos:—Separad vuestras manos inertes, tended una para socorrer á los oprimidos y armar la otra para combatir contra los que esclavizan; el grito de júbilo de los consolados y de los redimidos, es la mejor oración que puede hacer llegar hasta mí el alma tuya.

*
* *

Se nos puede decir: esa es vuestra defensa, y nosotros sospechamos que está llena de concesiones y de cautelas. Lo que queremos conocer es algo de lo que vosotros decís en vuestra propaganda individual, y que sin duda no nos repetís á nosotros en un día como éste.

Pues bien; nosotros os llamamos á analizar el sutil veneno que destilamos en la propaganda cotidiana, y no aquel únicamente que reservamos para el trabajador,

sino hasta el que intentamos verter en el ánimo de gentes de todas clases, de todas edades y de todo estado social; porque nosotros no nos dirigimos únicamente á los más fáciles de conquistar por insuficiencia de cultura ó por predisposiciones de intereses individuales, sino á aquellos que son más difíciles, por razón de educación y por razón de intereses.

*
* *

Nosotros decimos al trabajador:

—Mira; en este gran movimiento social que se vuelve en favor tuyo, no basta que tú asistas con ánimo favorable, sino que debes ayudarle. El primer impulso para la rendición del trabajo, debe proceder de ti. Si quieres que el mundo te salude, debes llevar alta la frente, pero para llevarla, necesitas levantar también el ánimo. Si quieres entrar en el ejército de la nueva Idea, debes sacrificar á ella una parte de tu reposo y de tu paz; debes cumplir con más ardiente celo tus deberes de obrero, pero resistir á quien quiera sojuzgar tu conciencia de ciudadano; debes despojarte, bajo la disciplina del partido, de rencores y celos; hacer un

esfuerzo intelectual poderoso para apropiarte los argumentos y conquistar la palabra con que se justifican y se demuestran tus aspiraciones; debes aprender, mejorarte moralmente, dar ejemplo de dignidad de vida, de equidad, de bondad de ánimo, no solamente con respecto á las clases superiores, sino entre tus compañeros y en tu familia; debes hacer cuanto esté en tu mano, para hacer respetar y amar en tí la santa bandera á la cual consagras tu corazón, y confías tu derecho y tu esperanza.

*
* *

Decimos á la mujer del trabajador:

—No retengas á tu marido por vanos miedos de que venga con nosotros, si la conciencia le mueve á ello. Recomiéndale la prudencia, pero no le aconsejes la vileza. Hay innumerables mujeres medrosas como tú, que en todos los tiempos retardaron el camino de las ideas más grandes y más benéficas. No temas, no, que en medio de nosotros encuentre amigos que puedan extrañarle; no somos nosotros, buena mujer, los que queremos arrancarle de tu corazón. Renuncia algunos ratos de su compañía, y

déjalo que venga; y volverá á tu lado contento por la conciencia del deber cumplido y con la mente iluminada por la nueva idea, y aun con el corazón mejor dispuesto hacia los afectos, porque en la compañía que tú temes se le abre el espíritu á la vida del pensamiento, se le enseña el respeto á la mujer, se le inspira el amor hacia el débil y la compasión para todos los dolores humanos.

No le contraries, porque turbarás su ánimo sin conseguir hacerle más tuyo de lo que es. Hazle que él se confíe á tí, acógele sus esperanzas, sosténle en su fe, y una nueva fuerza estrechará juntas vuestras almas y tú serás segunda vez su esposa.

*
* *

Decimos á la madre del joven estudiante:

—¿Por qué te afanas por tu hijo, como si el camino que ha emprendido con nosotros fuera el camino de la perdición? Si tú leyeras dentro de su alma estarías contenta y orgullosa del tesoro que encierra dentro de ella.

El sentimiento que le mueve es aquello mismo que te lanza á poner el óbolo de la caridad en manos del viejo y del niño abandonado. Es el mismo sentimiento extendido á millones de seres humanos, animados por la esperanza de arrojar lejos de la sociedad aquellas miserias y aquellos males, por los cuales te conmueves tú también, pero únicamente cuando los ves personificados en un infeliz que mendiga. Mira, su ingenio y sus estudios, antes que útiles á él mismo, son ya útiles á los demás. En la lucha que combate con nosotros, madura precozmente su sentido, ennoblece su carácter y fortifica sus facultades. Deja que vaya con los obreros, donde conquista un concepto austero de la vida y se despoja de su egoísmo de clase y aprende el respeto al trabajo y á la pobreza. Deja que mezcle su levita de señor con aquellas rudas chaquetas, bajo las cuales latén corazones que lo aman.

No le detengas el paso cuando vaya á buscarnos. Bésale en la frente y dile:—Vé, es la voz de tu Dios quien te llama.

* *

Decimos al modesto burgués, ya sea pequeño propietario terrateniente oprimido por los impuestos y destinado á aumentar antes ó después el número de los desgraciados; ó á los pequeños industriales, cada día más impotentes para contener la concurrencia de las grandes industrias; ó al pequeño comerciante condenado á ser víctima, pronto ó tarde, de la centralización del comercio; decimos á cada uno de aquellos que por una ambición excusable en la sociedad presente preparan con grandes sacrificios á sus hijos para las profesiones liberales, lo siguiente:

—¡Oh tú que te declaras enemigo nuestro, consideras un lado solo de la gran cuestión social! Ve si continuando este furor de elevarse en la jerarquía social (efecto de las demasiado duras condiciones materiales y morales de la vida del trabajador), ve si los hijos de tus hijos no se encontrarán reducidos á luchar con una concurrencia tan formidable que haga la lucha desesperada. Piensa si para prevenir este daño hay otro medio que el de establecer el equilibrio entre los dos factores, intelectual y mecánico, de la producción: colocando el trabajo en tales condiciones, que no le huyan ins-

tintivamente porque parezca como un castigo de Dios, lo cual es el primer intento del socialismo.

Reflexiona si no llegando á esto la sociedad, no estará condenada á morir de una plétora de licenciados y doctores famélicos y de desordenados rabiosos, fijando su mirada en el porvenir, y te convencerás de que aun teniendo el aspecto de tus enemigos, somos verdaderos amigos de tus hijos y de los hijos de ellos.

*
* *

Decimos á los hombres de ciencia y á los artistas:

—¿Cómo puedes tú sospechar que es enemiga tuya una doctrina que sobre una fe ilimitada en el progreso de la ciencia, se funda en gran parte en el perfeccionamiento de las máquinas, y del predominio de la agricultura racional y de la explotación científica de todas las fuerzas de la Naturaleza espera á un tiempo una disminución del esfuerzo humano y una duplicación de la producción general? ¿Cómo puedes tú, escritor ó artista, temer el triun-

fo de una doctrina que quiere extender á todos, en la mayor medida posible, los goces del espíritu, y centuplicar con esto el número de hombres aptos para comprender tu obra?

Y si la sociedad futura te pidiese á tí, hombre científico, el sacrificio de volver tu ciencia á fines más directamente humanos; y á tí, artista, descender más amenudo desde la altura de tu trabajo libre al oficio de educador de las muchedumbres, ¿no os parecería dulce semejante sacrificio recompensado de una tanto más difundida admiración y más vasta gratitud? ¿Y cómo no sentís que ese más alto deber de generosidad y de sacrificio está impuesto á los privilegiados de la inteligencia, aquellos que llevan sobre la frente desde el nacimiento este signo luminoso de la predilección del destino?

*
* *

Decimos al filántropo:

—¡Oh tú que combates nuestra obra porque crees que la caridad es suficiente para resolver la gran cuestión que afana al mundo, desengáñate ante la evidencia de los

hechos, y ven con nosotros! No, no se resuelve la cuestión social con la beneficencia. No se fecunda una vasta tierra llevando el agua á sorbos, sino esparciendo por una red de anchos canales el manantial inagotable de la montaña.

Tu caridad no puede nada para los millones de hombres á quienes está interceptada, legalmente, por la fuerza de las cosas, gran parte del fruto de su trabajo: es impotente ante la desocupación, producto de las crisis desastrosas que se derivan de la anarquía de la producción; y puede hacer menos todavía por aquella gran muchedumbre trabajadora, á la cual el pan no falta, pero que pide una disminución de fatiga, una educación civilizada, un puesto más honrado en el mundo, al cual no tiene menos derecho que al pan. No; el remedio que te aconseja tu caridad humanitaria no basta: es preciso que concurras también, á más de con el corazón, con el óbolo de tu razón. Ven con nosotros, porque tu corazón es bueno, y sin dejar la obra de la caridad, pide con nosotros justicia, levanta á los misereros, pero trabaja tú también para destruir la miseria; conforta á los vencidos, pero ayuda á preparar una sociedad en

donde no haya más vencedores ni vencidos, hasta donde lo pueda conceder la naturaleza y la fortuna.

*
* *

Decimos al rico:

—Si te dice la razón que es justa nuestra causa, y te detiene de abrazarla el temor de precipitar para ti y para tus hijos la pérdida de la riqueza, vives engañado. Siguiendo así las cosas, no será el socialismo quien te quite tus bienes; serán las catástrofes políticas y financieras á que conducen inevitablemente el militarismo, la guerra, la deuda pública, el desorden, todo inseparable de la organización actual que defiendes.

La caída lejana de tu fortuna no será efecto de la doctrina socialista, sino de las grandes necesidades sociales y económicas de las cuales ha nacido la doctrina y por las cuales se difunde. ¡Tú temes la revolución, el desquiciamiento, el robo! Pero si es esto precisamente lo que el socialismo trata de impedir, conteniendo las pasiones violentas que detienen los gérmenes de las ideas fecundas, previniendo la revolución

mediante la evolución, descomponiendo y rehaciendo el edificio poco á poco, para que la sociedad no tenga que permanecer jamás desconcertada y aterrorizada en medio de un campo de batalla y de carnicería. ¿Cómo no comprendes que este movimiento inmenso tiende al bien de todos?

Abraza nuestra causa, y combatiendo por ella, tú que tienes la riqueza, darás un ejemplo; tú que tienes la independencia, serás una fuerza, y te sentirás libre de los dos peores tormentos de tu vida, que son: la manía de adquirir y el terror de perder, porque la conciencia de ser justo y magnánimo valdrá para tí lo que el más precioso de los tesoros, será la sola verdadera felicidad que ningún acontecimiento, ninguna fuerza, podrá arrancar de tu corazón.

*
*
*

Al hijo del rico, por último, dedicamos nosotros el siguiente razonamiento:

—Tú has nacido en medio del bienestar. Si quisieras conquistarte un puesto honrado en el mundo, te costaría bastante menos trabajo que á los otros, porque serás como un hombre armado en una lucha en que

casi todos los demás están inermes. Está seguro desde ahora de que no tendrás jamás que sufrir privaciones, jamás humillarte para no perder el pan, y que podrás ser fácilmente bueno, decente, respetable y respetado y estar contento.

Ahora bien: mira, mira cuánta miseria hay en torno de tí, cuántas duras fatigas, que dan apenas para vivir, cuántos millones de niños dejados en la ignorancia y en el abandono, cuántas familias reducidas á la indigencia, sin culpa, cuánta desigualdad injusta, cuántos dolores sin esperanzas y cuántas iras y cuántos odios.

Y bien: si te dijese que hay un modo de hacer que todas estas miserias sean disminuidas, que el trabajo no falte á ninguno, ó que se haga menos duro á todos, que todos los niños puedan instruirse y educarse, que las desigualdades injustas desaparezcan, que los odios de clase se extingan, que la sociedad llegue á ser como una gran familia, donde, si no la felicidad, reine al menos la paz; pero que para obtener todo esto se necesita que los muchachos como tú renuncien á su suerte privilegiada, entrando en las condiciones comunes y se resignen á trabajar y á luchar para vivir modesta-

mente como los demás, ¿consentirías tú en el sacrificio?

Y el niño nos contesta inmediata é irresistiblemente:—¡Oh, sí que consentiré! ¿Y cómo no?—Y nosotros no le decimos más: hemos sembrado en su corazón el buen germen.

*
* * *

Estos son nuestros pensamientos y nuestros sentimientos.

Si no son cada día del año tan benévolos ni expresados siempre con palabra tan templada, no es porque no sean así en nuestro corazón, sino porque somos hombres, ó lo que es lo mismo, naturalezas débiles, sujetas al orgullo, fáciles á la irritación por la calumnia, y también porque con demasiada frecuencia se ofende en nosotros la libertad del pensamiento y de la palabra, que es una sagrada herencia dejada por nuestros padres, y que debía ser una condición indispensable de nuestro pacto nacional.

Pero cada año, en este día, nosotros nos renovamos sinceramente el propósito de mantener siempre el ánimo elevado como nuestra Idea. No es este el último de los

efectos benéficos de la fiesta del 1.º de Mayo. Y nosotros confiamos que esta fiesta será solemnizada cada año en el porvenir con mayor y más serena dignidad. ¡Oh, ciertamente! Ella será cada día más espléndida y más solemne en lo futuro. No se celebrará únicamente en las calles y en las Asambleas, si que también en las familias en que la idea socialista acabará por estrechar aquellos vínculos que ahora en muchos hogares están aflojados, y en algunos hasta rotos. Será el día en que las conciencias y los corazones, convertidos por la lenta obra de la razón, serán también más buenos y más se reconciliarán con las personas amadas; el día en que el padre dirá al hijo: «Si, hijo mío, eras tú quien tenía razón; eras tú más bueno y más justo que yo, que ya no soy únicamente tu padre, sino también tu *compañero*;» el día en que la mujer dirá al marido: «Te he contrariado, perdóname; no te comprendía, ahora te comprendo, y toda el alma mía está contigo y por tu causa;» el día en que la madre dirá á su hijo: «Me arrepiento; veo ahora dónde está la verdad y la justicia; tu fiesta del 1.º de Mayo será de ahora en adelante también la fiesta de tu madre.»

¡Sí, quizás esté lejano este día, pero vendrá!

Nosotros lo creemos, como creemos que la tierra germina bajo el rayo del sol. ¡Creemos que el 1.º de Mayo permanecerá para siempre y se agrandará en los años sucesivos y por la haz de todos los pueblos, y que después de haber redimido el trabajo, matará la guerra, y que después de haber confundido las clases sociales, fraternizará las Naciones, y que será venerada por las generaciones venideras, como una de las fechas más faustas y más gloriosas de la historia del mundo!



UNA RESPUESTA

UN periódico, que no hace al caso nombrar, repitió con mucho escándalo la acostumbrada acusación contra aquellos socialistas *de mala fe*, los cuales, *viviendo en la opulencia*, no son los primeros en poner en práctica sus principios, haciendo participar de sus propios recursos y de sus propias delicias á sus compañeros necesitados. Verdaderamente, socialistas que vivan en la opulencia y en las delicias no conocemos en Italia. Conocemos, si, varios que en treinta años de trabajo intelectual, honrado y no inútil, no explotando el trabajo ajeno, han llegado á una modesta situación de comodidad y bienestar, situación que no les libra, sin embargo, de la necesidad de continuar trabajando hasta los últimos años para caminar y dar educación á sus hijos.

Y estos y otros socialistas de la misma